

HACIA UNA FILOSOFIA SISTEMICA DE LA HISTORIA

(Crítica del sistema de Hegel)

por

Elfas Capriles

1.- La tradicional visión circular del devenir

Místicos y filósofos de distintas épocas y civilizaciones han postulado una visión circular que explica la «evolución» y la historia humanas como una sucesión de edades cada vez menos armónicas y más degeneradas a partir de una primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad caracterizada por una perfecta armonía.

En el hinduismo, cada «ciclo cósmico» (*kalpa*) se divide en catorce *manvantara*, cada uno de los cuales se divide en cuatro eras o edades (*yuga*): el *satyayuga*, el *tretayuga*, el *dwaparayuga* y el *kaliyuga*. En el budismo tántrico, como en algunas sectas heterodoxas del hinduismo, los ciclos cósmicos se dividen directamente en eras o edades, que son tres y no cuatro: la era de la verdad o *satyayuga*, la era de la ley o *dharmayuga* y la era de la oscuridad o *kaliyuga*. Los escritos del taoísmo en general —el *Tao-te-king* de Lao-tsé, el *Chuang-tsé* y los textos de Lieh-tsé— están impregnados por la visión cíclica, aunque nunca la expresan en términos de la sucesión de un número específico de edades con sus respectivos nombres. Según Diógenes Laercio (L, IV, 9), Heráclito habría sostenido la visión circular que nos concierne, afirmando que el mundo surge del fuego y vuelve al fuego según ciclos fijados y por toda la eternidad. Muchos pitagóricos también se adhirieron a esta doctrina, que fue popularizada sobre todo por los estoicos, quienes, diciendo seguir a Heráclito, recogieron la tradición grecorromana de edades sucesivas: en la edad de oro, la naturaleza otorgaba sus frutos a los seres humanos sin que éstos tuvieran que trabajar; en la edad de plata y la edad de cobre, se requería un esfuerzo cada vez mayor para obtener los frutos de la tierra; finalmente, en la edad de hierro, hay que trabajar lo más duramente posible para obtenerlos.

En el sufismo (la tradición mística que floreció en el islam), la doctrina cíclica fue explicada en términos del mito judeocristianomusulmán del jardín del Edén y la «Caída de Adán». El maestro sufí Abu Bakr Siraj Ed-Din escribe:¹

«En todas las regiones del mundo la tradición nos cuenta de una edad cuando el hombre vivía en un Paraíso sobre la tierra. Pero aunque se dice que no había signos de corrupción sobre la faz de la tierra, se puede suponer, en vista de la Caída que siguió, que durante esta edad la perfecta naturaleza humana se había convertido en la base para una exaltación espiritual cada vez menor. Esto puede ser inferido de la historia de Adán y Eva, pues se dice que la creación de cada uno de ellos marcó fases diferentes por las que atravesó la humanidad en general durante esta edad. Se entiende que la creación de Adán y su adoración por los Angeles se refiere a un período cuando el hombre nacía con el Conocimiento de la Verdad de la Certidumbre (N. de E. C.: que corresponde a la plena manifestación de la Naturaleza Divina). La creación de Eva se refiere, así, a un

¹Siraj Ed-Din, Abu Bakr (1952/1970/1974), pp. 29, 40, 41, 41 nota al pie, 43 nota al pie. En la cita, el paréntesis en el tercer párrafo corresponde a la nota al pie en la p. 41, mientras que el último párrafo corresponde al segundo párrafo de la nota al pie en la p. 43.

período posterior, cuando el hombre comenzó a nacer en posesión solamente del Ojo de la Certidumbre, o sea, en el estado de mera perfección humana: al comienzo Eva estaba contenida en Adán tal como la naturaleza humana está contenida en la Divina, y su existencia separada indica la existencia aparentemente separada de la perfecta naturaleza humana como una entidad en sí misma. Finalmente, la pérdida de esta perfección corresponde a la pérdida del Jardín del Edén, que marca el final de la Edad Primordial...

«[El Corán (XX, 120) dice acerca de la tentación de Adán que indujo la Caída:] «Entonces Satán le susurró: ‘Oh, Adán, ¿te muestro el Arbol de la Inmortalidad y un reino que no se desvanece?...

«...es en efecto evidente en la cita (del Corán en el párrafo anterior) que el Adán que cayó [hay un dicho sáfico, que muchos atribuyen al mismísimo Profeta: Antes del Adán que conocemos, Dios creó otros cien mil Adanes] nunca había visto el verdadero Arbol de la Inmortalidad. Pareciera, entonces, que la perfección de la humanidad al final mismo de la Edad primordial era como una perfección hereditaria, pues los hombres seguían naciendo con la armonía primordial en sus corazones después de que la causa de la armonía, el Ojo del Corazón, había cesado de ser suyo...

«La doctrina hindú afirma que hay muchos grandes ciclos, cada uno constituido por cuatro edades; así, pues, el final de una Era de la Oscuridad es seguido por una nueva Edad de Oro. Según las perspectivas judía, cristiana e islámica, que consideran el tiempo casi exclusivamente en su aspecto ruinoso, el tiempo de vida total de la existencia de la tierra es comprimido en un solo ciclo, de modo que la ruina final en la etapa terminal de la era actual es por lo general identificada con la ruina final que se produce cuando acaba el mundo. Pero hay una fuerte tradición, sin embargo, en estas tres últimas religiones, de que el Mesías² al venir reinará por un cierto tiempo sobre la tierra como rey; y esto coincide con la creencia hindú de que Kalki (el que monta el caballo blanco), cuya venida marca el fin de la actual Era de la Oscuridad, inaugurará una nueva Edad de Oro.»

Así, pues, la evolución y la historia humanas son vistas como un proceso de degeneración a partir de una edad de perfección primordial. Sólo una vez que la degeneración alcanza su extremo lógico y, con ello, es refutada empíricamente, puede restituirse, aunque a un nivel «superior»,³ la armonía de la Edad de Oro o Era de la Verdad.

La primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad podría corresponder al «comunismo primitivo» postulado por el marxismo, siempre y cuando no concibiéramos la etapa en cuestión como menos completa y perfecta que las etapas de creciente degeneración que la sucedieron, ni imaginemos que su carácter igualitario y ácrata⁴ se debe a que sus miembros vivían en la más extrema indigencia: como ha señalado Pierre Clastres, las comunidades «salvajes» poseen o poseían una «economía de la abundancia» en la cual la carencia económica era prácticamente desconocida y no existía el menor deseo de acumular bienes con el engañoso objetivo de «mejorar la vida».⁵

Ahora bien, aunque las eras que siguen a la primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad representan una degeneración progresiva, la final restitución de la armonía con la nueva Edad de Oro o Era de la Verdad representa una superación de todas las etapas anteriores —incluyendo la primitiva Edad de Oro— pues no contiene las semillas del proceso de degeneración ya completado. Por ejemplo, Clastres ha mostrado que las «salvajes sociedades de la abundancia» guerreaban constantemente entre sí; en la futura Edad de Oro o Era de la Verdad, en cambio, las propensiones para guerrear y la necesidad

²En el islam, el que ha de venir es el *mahdí* o *mehedí*, quien —como el Guesar de Ling de las leyendas tibetanas y como el Kalki de las leyendas hinduistas— implantará una verdadera justicia social.

³«Superior» en el sentido de «más avanzado en el proceso evolutivo»; no en el sentido de «mejor».

⁴«Anárquico» en el buen sentido del término, que es el etimológico y el que le da el pensamiento libertario: su capacidad de funcionar y organizarse perfectamente sin necesidad de jefes o gobernantes que las dirijan.

⁵Refiero al lector a la obra de Paul Clastres (a la que me introdujo el profesor Angel J. Cappelletti) y también al libro de Marshall Sahlins mencionado en la bibliografía.

de hacer la guerra a fin de preservar el grupo y su cohesión,⁶ habiendo alcanzado su reducción al absurdo, habrán sido superadas y podrá darse una situación en cierto modo análoga a la «salvaje», aunque libre de los avatares de la guerra. Del mismo modo, muchas de las «sociedades salvajes» que conocemos hoy tienen una espiritualidad de tipo «chamánico», la cual, aunque reconoce que nuestra habitual experiencia cotidiana no posee el grado de verdad que le atribuye el individuo normal, cree que las experiencias que ocurren en ciertos «estados alterados» son verdad absoluta.⁷ En cambio, las comunidades del futuro deberán tener una espiritualidad del tipo que he designado como «metachamánico», que reconoce que tanto nuestra habitual experiencia cotidiana como las experiencias que ocurren en «estados alterados» son meras apariencias, carentes de sustancia y de verdad absoluta.⁸

Para los estoicos, en la primitiva Edad de Oro o Era de la Verdad:⁹

«...había imperado plenamente el Derecho Natural¹⁰. En ella, todos los hombres eran libres e iguales y no estaban divididos por fronteras nacionales ni por distinciones de clase, fortuna o alcurnia. La propiedad privada no existía, ni tampoco la familia individual, ni la esclavitud, ni el Estado en que unos pocos imperan sobre la mayoría. Los bienes de la naturaleza eran gozados y poseídos en forma común por todos los hombres, que vivían como verdaderos hermanos, sólo gobernados por el Logos¹¹.»

La futura Edad de Oro o Era de la Verdad, en la cual una tecnología suave producida y orientada por la sabiduría se integraría con la naturaleza para facilitar las tareas de supervivencia de los seres humanos, podría a su vez corresponder, tanto al comunismo

⁶Para una explicación de la forma en que los grupos mantienen su cohesión interna definiéndose en relación a un enemigo (o simplemente a otros grupos diferentes) ver Sartre, Jean-Paul (1960; español 1963), así como el resumen presentado en Laing, Ronald D. y David Cooper (español 1973). Valdría la pena independizar del dogma marxista los más importantes aportes de esta etapa de la filosofía sartreana, e integrarlos en una visión filosófica del tipo que esbozo en este libro. Desgraciadamente, no me encuentro en condiciones de poder emprender esta tarea, al menos por el momento.

⁷Ver Harner, Michael J. (español, 1976).

⁸Remito al lector a mi ponencia sobre chamanismo y metachamanismo (Capriles, Elías, 1990 c). En el próximo trabajo de este mismo libro, *Teoría del valor*, también he explicado sucintamente las diferencias entre chamanismo y metachamanismo.

⁹Fuenmayor, Juan Bautista (1984).

¹⁰Lo que permitía la armonía en la edad de oro no puede ser llamado «Derecho», pues se trataba, más bien, de la benéfica espontaneidad que emana de la vivencia mística que pone fin a la fragmentación y a la ilusión de separatividad y, por ende, acaba con el egoísmo.

¹¹En el original decía «la razón» en vez de «el Logos». Ahora bien, la palabra que Fuenmayor traduce como «razón» es *Lógos*, cuyo sentido puede ser contrapuesto al que el lenguaje común da al término «razón». El fragmento 2 de Heráclito según Diels-Kranz (23 según Marcovich) es traducido por Kirk en Kirk y Raven, *opere citato*:

«Aunque el Logos es común,
la mayoría vive como si tuviera una inteligencia particular.»

A su vez, el profesor Cappelletti (1972 a) lo traduce así:

«...es necesario adherirse a lo (imparcial, esto es, a lo común). (Pues lo común es lo imparcial.) Pero, aun siendo imparcial el *Lógos*, viven los más como si tuvieran un entendimiento particular.»

Lo que el lenguaje común llama «razón» es precisamente la ilusoria «inteligencia particular» que impera en la más degenerada de las eras, que Heráclito contrapuso precisamente al Logos, que es lo que según los estoicos gobernaba a los hombres en la Edad de Oro.

libertario concebido por el anarquismo, como al comunismo post-socialista en el cual, según el marxismo, se extinguiría el Estado y se lograría una verdadera igualdad.¹²

Sin embargo, es dudoso que esa nueva Edad de Oro o Era de la Verdad de carácter comunista, en la cual el Estado, la familia y la propiedad —colectiva o privada—¹³ se han disuelto, pueda resultar del socialismo marxista-leninista, concebido como «dictadura del proletariado».¹⁴ No obstante, parece igualmente improbable que se produzca una transición repentina del capitalismo al comunismo libertario. Para que la nueva Edad de Oro pueda iniciarse, nuestra especie ha de comenzar a trabajar simultáneamente: (1) en el individuo, por la obtención de lo que Bateson llamó «sabiduría sistémica» y por la desestructuración de la psiquis, y (2) en la sociedad, por la erradicación de la opresión y la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, el desmantelamiento de las estructuras de poder, la uniformación progresiva de los niveles de consumo, la transformación radical de la ciencia y la tecnología, y así sucesivamente.¹⁵

La transición a la nueva era sólo podría hacerse posible por influencia de individuos que hayan alcanzado un cierto grado de sabiduría sistémica y se hayan liberado en cierta medida de las estructuras que los condicionaban. Los ciegos no saben cómo llegar a la luz, pero si siguen a otros ciegos es probable que caigan con ellos al abismo. Dado que quien es incapaz de ver tampoco es capaz de determinar quién sí puede ver claramente, y dado que

¹²La doctrina marxista de la extinción del Estado no fue elaborada por Marx, cuyas obras aluden al problema sólo de manera vaga y no utilizan el término «extinción» ni ninguno de sus equivalentes. La doctrina de la «extinción del Estado», formulada como tal, es elaborada por Engels y retomada por Lenin. Ver Guastini, Riccardo (1984); Zolo, Danilo (1974); Marx, Karl (1847; francés, 1950); Engels, Friedrich (b), y Lenin, V. I. (italiano, 1965). Si fuese posible la transición del socialismo como «dictadura del proletariado» al comunismo en el cual el Estado se ha extinguido, este último podría corresponder al comunismo libertario que constituye el objeto del anarco-comunismo; como veremos repetidamente en estos ensayos, lo que los anarquistas rechazan es que, una vez constituida, la dictadura del proletariado pueda autodisolverse para dar lugar al comunismo. Y, en efecto, si la dictadura (que no ha sido precisamente «del proletariado») se está disolviendo parcialmente en algunos «socialismos reales», no es para dar lugar al anarco-comunismo sino a sistemas que se orientan hacia el capitalismo liberal.

¹³Pierre-Joseph Proudhon criticó la propiedad colectiva tanto como la privada (Cappelletti, Angel, 1980 b). En efecto, la idea de propiedad es ajena a las leyes del universo, tanto si se trata de propiedad colectiva como si se trata de propiedad privada. El jefe Seattle contestó al Presidente de los EE. UU. cuando éste quiso comprar las tierras de su tribu:

«¿Cómo se puede comprar o vender el firmamento, ni aún el calor de la tierra? Dicha idea nos es desconocida.

«Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?...

«...(El hombre blanco) trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden, como ovejas o cuentas de colores. Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto.»

¹⁴El anarquismo ha señalado que el poder de quienes ejerzan dicha dictadura tenderá a conservarse y a corromper a quienes lo detentan, impidiendo la transición al comunismo, que implicaría la extinción del Estado. Quizás las posibilidades de evitar esta y otras dificultades entrevistadas por el anarquismo hubiesen sido mayores en un sistema consejista como el concebido por Rosa Luxemburgo (así como por Pannekoek y Castoriadis), si la revolución hubiese sido entendida como un proceso continuo, si se hubiese implementado una revolución cultural y, sobre todo, si se hubiese insistido en la necesidad de una revolución en la psiquis del individuo y se hubiesen difundido los medios que la hiciesen posible.

¹⁵Para mayores detalles, ver mi ensayo *Política y ecología*. Aquí, baste con señalar que, puesto que el individuo es el conjunto de sus relaciones sociales, la transformación de la psiquis y la de las relaciones en cuestión deben ser realizadas simultáneamente.

el guiar a otros otorga al individuo un poder que es susceptible de corromperlo, sería sumamente peligroso seguir a ciegas a supuestos «iluminados». En efecto, si individuos poseídos por la fragmentación y el error toman el poder, nos seguirán conduciendo ciegamente hacia nuestra autodestrucción, y si la psiquis de tales individuos está estructurada en términos de relaciones instrumentales y opresivas, la transformación que debería preparar el terreno para la eliminación de las estructuras de poder no será más que un mero cambio de amos, y su resultado será la perpetuación de las estructuras que debería eliminar.

Hasta ahora, hemos estado bajo el poder de la ignorancia, el error, la fragmentación y el egoísmo inherente a éstos, todos los cuales se han ido desarrollando hasta alcanzar su reducción al absurdo en la crisis actual. Quizás con la reducción al absurdo empírica del error y la fragmentación, de la opinión y de la ciencia divorciada de la sabiduría, de la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, y de las instituciones que imperan en nuestros días, pueda la sabiduría característica de la Edad de Oro hacerse posible, haciendo posible a su vez la aparición de una genuina armonía social.

2.- La reducción al absurdo del error y la inversión hegeliana

Hemos visto que la «filosofía perenne» considera la «evolución» y la historia de la humanidad como un proceso de degeneración en el cual se suceden edades cada vez menos perfectas.

Este proceso ha de ser visto como el desarrollo de un error caracterizado por la fragmentación, el cual hace que los seres humanos se sientan separados de la naturaleza y de los otros seres humanos y, cuando alcanza un alto grado de desarrollo, los impulsa a enfrentarse a ellos e intentar dominarlos. Dicho error deberá desarrollarse hasta su extremo lógico y así completar su reducción al absurdo; entonces, habiéndose alcanzado un nivel umbral, podrá ser superado, y con ello podrá iniciarse una nueva Edad de Oro o Era de la Verdad.

Durante los últimos siglos, el desarrollo del error ha sido impulsado por el proyecto científico-tecnológico que ese mismo error concibió y desarrolló. Este proyecto es el de Prometeo, quien robó el fuego a los dioses, se transformó en el dios de los tecnólogos¹⁶ y, como castigo por su osadía, fue amarrado a una roca en el Cáucaso donde los buitres le picotearían y desgarrarían constantemente el hígado, el cual volvería a crecer de nuevo cada vez que terminara de ser devorado. El proyecto en cuestión es también el de Sísifo y el de Tántalo: el primero encadenó a Thánatos y por un tiempo nadie murió en la tierra; el segundo robó a los dioses el secreto de la preparación de la *Ambrosía*, bebida de la inmortalidad. Ambos fueron condenados a suplicios proverbiales, los cuales —como ha anotado Iván D. Illich—¹⁷ ilustran el estado mental de los habitantes de nuestras ciudades.

Se trata también del proyecto de los creadores del Gólem, quienes dieron vida al androide en cuestión moldeando una estatuilla con barro y escribiendo en su frente las letras *alef*, *mem* y *tau*, cuya sucesión constituye la palabra *emeth*, que en hebreo significa «verdad». El homúnculo, que debía realizar las tareas domésticas de sus amos, crecería un poco cada día; cuando se hiciera demasiado grande para el tamaño del hogar, bastaría con borrar la *alef*, dejando en su frente la palabra *meth*, que significa «muerte», y él se

¹⁶Illich, Ivan D. (1971).

¹⁷*Ibidem*.

volvería de nuevo barro. Ahora bien, en un momento dado los amos se distrajerón y lo dejaron crecer demasiado; cuando finalmente alcanzaron su frente y pudieron borrar la *alef*, fue tanto el lodo que les cayó encima que los sepultó, matándolos.

El proyecto en cuestión es también el del aprendiz de brujo de Goethe, el del Dr. Frankenstein y el de los constructores de Babel. Estos últimos intentaron alcanzar el paraíso construyendo una estructura material, pero sólo obtuvieron la más extrema confusión y el más extremo desorden.

Como aprendices de brujo «racionalistas», hemos creado un Gólem y una Babel tecnológicos que nos han sumido en la más extrema confusión, nos han hecho enfrentar los infernales castigos de Prometeo, Sísifo y Tántalo, y nos han llevado al borde de nuestra autoaniquilación. Por ello, *sabemos* que en la base de nuestro proyecto había algo que no funcionaba, y no nos queda más remedio que superar aquello que no funcionaba.

Esto nos lleva a preguntarnos qué es lo que no funciona y ha de ser superado. Ya Spinoza nos hablaba de un error, que caracterizó como «lo incompleto y abstracto». Y en efecto, independientemente de lo que haya querido significar Spinoza, el error que se ha ido desarrollando con la evolución y la historia humanas puede ser caracterizado como la comprensión *incompleta* —en el sentido de «fragmentaria»— que resulta de la *abstracción* de segmentos del continuo de lo dado.

Hegel, a su vez, nos decía que el error se revelaba por las contradicciones que producía.¹⁸ En efecto, la crisis ecológica que enfrentamos puede ser considerada como la *gran contradicción* que revela el error inherente al estado mental de fragmentación que desarrolló el proyecto tecnológico y a la razón instrumental que se desarrolló con éste, demostrando que ese estado mental y su proyecto *no funcionan*.

Así, pues, podemos ver la evolución y la historia de la humanidad como un proceso de desarrollo paulatino del estado de fragmentación, sobrevaluación y error que nos ha caracterizado durante los últimos milenios, así como de las relaciones instrumentales de proceso primario¹⁹ típicas de la civilización europea, que nos hacen tratar a los otros seres humanos y a la naturaleza como meros medios para lograr fines egoístas, y en general de todo lo que ha de ser superado para que sobrevenga una nueva «Edad de Oro». Como dice el filósofo hindú Shri Aurobindo:²⁰

«El final de un estadio evolutivo está caracterizado por un poderoso recrudescimiento de todo lo que tiene que salir de la evolución.»

Ese recrudescimiento permite que se haga evidente que lo que ha de ser superado *no funciona*. Y, lo que es más importante, al estirar lo que ha de ser superado como si se tratase de una liga, más allá de su máxima resistencia, hace que reviente. Sólo de esta manera podrá ser superado lo que ha de ser superado para que se produzca el advenimiento de una nueva Edad de Oro o Era de la Verdad.

Ahora bien, a fin de entender claramente por qué ha de producirse el recrudescimiento de lo que ha de ser superado y en general comprender con precisión la

¹⁸McTaggart señaló que esta idea no es compatible con la idea hegeliana de que las ideas y la realidad son autocontradictorias. Más adelante en este ensayo muestro por qué ella sí es compatible con la filosofía que aquí esbozo.

¹⁹En las próximas páginas definiré brevemente el proceso primario y el proceso secundario de que habló Freud en su *Proyecto* de 1895, y los relacionaré con el procesamiento de señales analógicas y digitales, y con los hemisferios del cerebro humano encargados de uno y otro tipo de procesamiento.

²⁰Aurobindo, Shri, (a).

filosofía de la historia y la crítica de Hegel que expondré a continuación, será necesario tener bien claro el sentido de los términos «analógico» y «digital». Una señal es analógica cuando una magnitud o cantidad es utilizada para representar una cantidad que varía de manera continua en el referente, sin «saltos» ni intervalos.²¹ En cambio, una señal es digital si existe discontinuidad entre ella y otras señales de las que deba distinguírsela. «Sí» y «no» son ejemplos de señales digitales.²² Del mismo modo, los números son señales digitales, mientras que las cantidades —aunque son siempre expresadas en números— son señales analógicas. El afán cuantificador que caracteriza a las ciencias desde Galileo exige mediciones exactas, pero éstas son imposibles de lograr, pues las señales discontinuas no pueden corresponder exactamente a las señales continuas. Gregory Bateson escribe:²³

«Los números son el producto del recuento; las cantidades, el producto de la medición. Esto significa lo siguiente: es verosímil que los números sean exactos, porque existe una discontinuidad entre cada entero y el siguiente: entre «dos» y «tres» hay un salto; pero en el caso de la cantidad, no existe ese salto, y por ello es imposible que una cantidad cualquiera sea exacta. Puedes tener exactamente tres tomates, pero jamás podrás tener exactamente tres litros de agua. La cantidad es siempre aproximada...

«...Nótese que los sistemas digitales se asemejan más a aquellos que contienen número, en tanto que los analógicos parecen depender más de la cantidad. La diferencia entre estos dos géneros de codificación es un ejemplo de la generalización... según la cual el número es diferente de la cantidad. Entre cada número y el siguiente hay una discontinuidad, así como en los sistemas digitales la hay entre la «respuesta» y la «falta de respuesta». Es la discontinuidad entre «sí» y «no».»

Los cambios en nuestra experiencia son cambios en el tiempo y en el espacio, los cuales siempre parecen ser continuos. Al tener que expresarlos en números, estamos ya condenados a la inexactitud. El desarrollo actual de la ciencia y la tecnología ha sido posible porque esta inexactitud parece hacerse insignificante cuando añadimos muchos decimales a los números: ello nos permite calcular con un alto grado de aproximación la trayectoria que seguirá un misil balístico o un cohete enviado a Saturno, etc.

Mientras que las primeras computadoras eran analógicas y funcionaban en base a un aumento continuo o una disminución continua de cantidades (por ejemplo, mediante el aumento continuo o la disminución continua de la magnitud de una corriente eléctrica), las computadoras actuales son casi todas digitales y tienen un funcionamiento binario en base a las alternativas de «sí» y «no». El cerebro humano, en cambio, procesa *ambos* tipos de señales. El hemisferio cerebral normalmente situado a la derecha procesa las señales analógicas, mientras que el hemisferio cerebral normalmente situado a la izquierda procesa las señales digitales.²⁴ Nuestra experiencia es el resultado de la combinación de ambos procesos y, por ende, no puede ser reducida ni al uno ni al otro.

En términos de los conceptos introducidos por Sigmund Freud en su *Proyecto de una psicología para neurólogos* de 1895,²⁵ el funcionamiento analógico del cerebro

²¹Bateson, Gregory (1979, 5th reprint 1980; español 1982; segunda reimpression 1990; español 1982, 1ª reimpression 1990), glosario p. 200.

²²*Ibidem*, glosario p. 200.

²³*Ibidem*. El primer párrafo en la cita es de la p. 44; el segundo párrafo es de la p. 99.

²⁴Bateson, Gregory (1979, 5th reprint 1980; español 1982; segunda reimpression 1990); Pribram, Karl y Merton Gill (1976).

²⁵Aunque muchas de las teorías de Freud han perdido credibilidad, las más recientes investigaciones neurológicas y de la conducta han sustentado la división en dos tipos de proceso mental —primario y secundario— que estableció Freud en el *Proyecto* de 1895. En efecto, los trabajos de Jacques Lacan, de Gregory Bateson, Jay Haley y otros miembros del grupo de Palo Alto, del neurofisiólogo Karl Pribram y sus

humano corresponde al proceso primario, mientras que su funcionamiento digital corresponde al proceso secundario.²⁶ Según Fenichel²⁷ el proceso primario carece de negativos, no posee ninguna indicación de tiempo y modo verbales, pone el énfasis en las relaciones y *no en quién es quién en ellas*, y es metafórico. El proceso secundario, en cambio, tiene negativos, especifica tiempo y modo verbales, pone el énfasis en quién es quién en las relaciones, y es literal.²⁸

El proceso primario no distingue claramente a qué sujetos deben ser aplicados los distintos tipos de relaciones; esa distinción es hecha claramente por el proceso secundario, pero este último está siempre determinado por el primario y no es capaz de determinarlo completamente a su vez. Es por esto que, como señalé en un artículo reciente,²⁹ una vez que en un sistema humano se introducen relaciones instrumentales y relaciones de conflicto y éstas comienzan a desarrollarse, no hay forma de limitar su desarrollo al campo de las relaciones internas del individuo, al de las relaciones entre individuos, al de las relaciones entre sociedades, o al de las relaciones entre los humanos y el medio ambiente. Y, puesto que en el proceso primario no existe el «no», la única forma de superar las relaciones de proceso primario que han de ser superadas es desarrollándolas hasta el extremo en el cual alcanzan su reducción al absurdo y, no pudiendo ser «estiradas» aún más, se revientan, como una liga que es estirada más allá de su máxima resistencia.

Esto explica por qué en la evolución humana —tanto colectiva a largo plazo como individual a corto plazo— lo que ha de ser superado tiene necesariamente que ser exagerado de modo que crezca exponencialmente hacia su extremo lógico. El proceso primario, como el resto de los procesos analógicos, carece de negativos. En consecuencia, aunque en el proceso secundario nos demos cuenta de que ciertas relaciones de proceso primario **no** funcionan, el **no** que les demos a esas relaciones en el proceso secundario será incapaz de interrumpirlas en el proceso primario, en el que no existe el **no**. Ahora bien, lo curioso no es que nuestro intento consciente de detener una relación de proceso primario no pueda lograr su objetivo, sino que dicho intento *podría tener un efecto contrario al que intenta producir, y exacerbar esa relación en vez de interrumpirla*.

asociados, y de Anthony Wilden, han puesto el *Proyecto* de Freud en el centro de las teorías de vanguardia, tanto en el campo de la neurofisiología como en el de la psicología y la psiquiatría.

²⁶Esta correspondencia fue establecida por Wilden, Anthony (1974, 2a edición 1980) y por Bateson, Gregory (1979, 5th reprint 1980; español 1982; segunda reimposición 1990; español 1982, 1ª reimposición 1990). En efecto, las características que Freud atribuyó al proceso primario corresponden a las del procesamiento de señales analógicas, y las que atribuyó al proceso secundario corresponden a las del procesamiento de señales digitales.

²⁷Citado en Bateson, Gregory (recopilación 1972).

²⁸Nietzsche prefiguró la distinción que hizo Freud entre un proceso primario y un proceso secundario cuando señaló que el «inconsciente» (concepto que prefiero no utilizar) del cual emana la creatividad no es crítico, y que el creador sólo puede criticar lo creado después de haberlo creado.

²⁹Capriles, Elías (1990b).

Gregory Bateson³⁰ ha explicado en términos de un «circuito de realimentación positiva» la exacerbación y reducción al absurdo de lo que debe ser superado. Esto podría hacernos creer, erróneamente, que dicha exacerbación es provocada por un proceso endógeno independiente de la acción consciente del sujeto y de los cómputos del proceso secundario.³¹ En verdad, como señalé arriba, la acción consciente del sujeto y la intervención del proceso secundario son esenciales al proceso de exacerbación y reducción al absurdo de lo que debe ser superado.

Puesto que, como hemos visto, en el *analógico* proceso primario no existe el «no», cuando *conscientemente* damos un «no» a una función-relación de nuestra psiquis, el «no» que le da el proceso secundario y la atención que a ella dirige la conciencia no hace más, en el proceso primario, que poner un énfasis especial en la función-relación que está siendo negada. En un proceso mental en el que no existe la negación, este énfasis alimenta la función-relación que está siendo negada, reforzándola en vez de truncarla.³² Es así como la conciencia y el proceso secundario intervienen en el circuito de realimentación positiva que produce la exacerbación de las funciones-relaciones que no funcionan para los seres humanos y que en consecuencia han de ser superadas. Aunque Gregory Bateson identificó este circuito de realimentación positiva con el *Thánatos* freudiano,³³ la intervención de la intencionalidad de la conciencia en el mismo muestra que el concepto de «instinto» que Freud tomó de la Biblia³⁴ es insuficiente para explicarlo.

El circuito sistémico que Bateson relacionó con el *Thánatos* freudiano hace que las relaciones de proceso primario que han de ser superadas se desarrollen hasta el «nivel umbral» en el cual se rompen, y podamos así acceder a lo que Bateson designó como «sabiduría sistémica». En efecto, sólo la reducción al absurdo empírica del error y la

³⁰La interpretación de la exacerbación de patrones negativos como procesos de reducción al absurdo y su explicación en términos de la relación entre el proceso primario y el secundario fue realizada originalmente por Gregory Bateson al estudiar ciertos procesos psicológicos, entre los cuales figuran las psicosis y el alcoholismo. Ver *The Cybernetics of Alcoholism*, en Bateson, Gregory (recopilación 1972).

Mi visión de la «evolución» y de la historia humana (incluyendo mi crítica de Hegel y mi explicación sistémica de la historia en términos de los vocablos empleados por Anthony Wilden en *System and Structure* para describir la transformación psicológica y social) es una aplicación de la mencionada teoría batesoniana al problema en cuestión, que no fue considerado por Bateson (Capriles, Elías: 1986; escrito en 1985, sin publicar; escrito en 1988, a ser publicado en la revista Actual de la Universidad de Los Andes; y escrito en 1989, sin publicar).

³¹Aunque Bateson jamás sugirió que el proceso en cuestión fuese independiente de la acción consciente del sujeto y del proceso secundario.

³²Quizás el ejemplo más claro del «efecto invertido» de la negación sea el simple rechazo. Si intentamos interrumpir una relación de rechazo u oposición, el **no** que demos en el proceso secundario a esa relación, siendo rechazo, habrá de alimentar la relación de rechazo que intentamos detener. Como señalaron los estoicos, el placer es sensación aceptada, el dolor es sensación rechazada y la sensación neutra es indiferencia hacia la sensación. En consecuencia, toda relación de rechazo ha de estar asociada a una sensación desagradable. Esta se intensificará al aumentar nuestro rechazo, haciéndose más desagradable y haciendo así aumentar aún más nuestro rechazo, con lo cual aumentará proporcionalmente el desagrado, lo cual hará a su vez aumentar todavía más nuestro rechazo, y así sucesivamente, en un proceso autocatalítico (o sea, que crece con su propia realimentación). Para otros ejemplos más complejos de este tipo de proceso, ver Capriles, Elías (1990a). En un futuro trabajo sobre psicología pienso dar aún más ejemplos.

³³Bateson, Gregory (recopilación 1972).

³⁴En sus *Metálogos*, Gregory Bateson señaló que los «instintos» son una invención de la Biblia. Ver Bateson, Gregory (recopilación 1972). En efecto, el *Thánatos* no debe ser concebido como un «instinto» ni atribuido a un «inconsciente».

fragmentación, de la opinión y de la ciencia divorciada de la sabiduría, y de la explotación de los seres humanos y de la naturaleza, podría restituir la sabiduría característica de la Edad de Oro o Era de la Verdad y producir así una genuina armonía social.

Como ya he señalado, Hegel desconoció el proceso primario, cuyo funcionamiento es analógico, y se ocupó exclusivamente del proceso secundario, cuyo funcionamiento es digital. En consecuencia, su interpretación dialéctica de la historia reduce a ésta a *una de las formas de verla* desde el punto de vista del proceso secundario. Y —lo que es peor— presa de la confusión entre mapa y territorio propia del error humano fundamental, Hegel consideró el mapa digital de proceso secundario como algo *dado*: como el *territorio mismo* que por él es interpretado.

Así, pues, aunque llegó a ver que el proceso que llamó «dialéctico» estaba relacionado con la reducción al absurdo, habiendo desconocido el (analógico) proceso primario, Hegel pudo limitar la reducción al absurdo a las tesis que iban surgiendo repentina y discontinuamente en el (digital) proceso secundario y entenderla meramente como la demostración, que se produce al final de cada estadio dialéctico, de que la tesis que en él imperaba no funcionaba y debía ser superada. En cambio, pasó por alto el proceso de reducción al absurdo que se produce en el proceso primario, que consiste en el acrecentamiento *gradual y continuo* de un error fundamental que tiende a desarrollarse hasta su extremo lógico, y la comprobación definitiva, al final del proceso, de que el error en cuestión *no funciona*.

Como vimos, el error, la inautenticidad, la fragmentación y las relaciones instrumentales tienen que desarrollarse hasta su extremo lógico porque en el proceso primario no existe el **no** y, en consecuencia, ellos sólo pueden desconectarse cuando su desarrollo los hace alcanzar un «nivel umbral» en el se comprueba que ellos *no funcionan*. Ahora bien, ¿cómo pueden desconectarse al alcanzar ese nivel umbral, si en el proceso primario jamás puede dárseles un «no»? Una liga que es estirada, al alcanzar el límite de su resistencia no tiene que decir «**no** puedo estirarme más», sino que simplemente se rompe. Algo similar sucede con el error, la inautenticidad, la fragmentación y las relaciones instrumentales: *si ciertas condiciones específicas están dadas*, al desarrollarse hasta el punto en el cual su funcionamiento se hace imposible, ellos simplemente se desconectan.

Habiendo desconocido el proceso primario, Hegel pudo entender invertidamente el proceso evolutivo. En vez de presentarlo como un proceso de acrecentamiento del error, la inautenticidad y la fragmentación, lo presentó como un proceso de acrecentamiento de la verdad, la plenitud y la autenticidad. Desde su perspectiva digital, esto era expresado diciendo que la unificación (o síntesis) se revelaba de nuevo como posición (o tesis), para ser superada en una nueva unificación (o síntesis) *más plena y verdadera que la primera*. En nuestros días, es esencial que entendamos que lo que Hegel llamó «proceso dialéctico» es el desarrollo de un error y una contradicción, los cuales se van acrecentando hasta que, a la larga, se transforman en conflicto y, finalmente, obstruyen el funcionamiento al que sirven de base y pueden caer por su propio peso.

Según el conocido principio del marxismo, es necesario que la contradicción sea reconocida como tal para que se transforme en conflicto y, así, pueda ser superada.³⁵ En nuestros días, hemos de reconocer como la contradicción básica al error que se encuentra en la raíz del proceso evolutivo de la humanidad. El reconocimiento de que el decisivo

³⁵De nuevo, refiero al lector a la explicación que doy más adelante acerca de la forma en que ha de ser entendido este principio para que sea compatible con la filosofía que aquí expongo.

conflicto representado por la crisis ecológica, los conflictos entre grupos humanos y los conflictos que experimentan los individuos en sus vidas³⁶ emanan del desarrollo del error, alimentará el conflicto y hará que éste nos impulse a superar dicho error. Pues, según el principio atribuido a Heráclito:³⁷

«Es del conflicto (*polemos*) que la más bella armonía puede surgir.»

En verdad, lo que Hegel llamó «proceso dialéctico» no es (como creyó éste) el desarrollo progresivo de la verdad, sino el desarrollo progresivo del error que —tomando la frase de Spinoza— caractericé como «lo incompleto y abstracto», por impulso del circuito de realimentación positiva que Bateson identificó con el *Thánatos* postulado por Freud. Al considerar ese desarrollo, Hegel tomó en cuenta tan solo el proceso secundario. Y, en efecto, desde el punto de vista de dicho proceso, era una posibilidad válida considerar el desarrollo en cuestión como una sucesión de posiciones, negaciones y unificaciones-que-se-vuelven-posiciones.

Ahora bien, si hubiese tomado en cuenta el proceso primario, Hegel habría entendido que las ideas del proceso secundario no lo son todo y no pueden explicarlo todo. Entre otras cosas, se habría dado cuenta de que el nivel digital de la razón no puede ni explicar plenamente ni dirigir a voluntad el nivel analógico asociado al corazón: como anotó Blaise Pascal, *Le cœur a ses raisons que la raison ne connaît pas*.³⁸ Además, se habría visto forzado a invertir su esquema y, probablemente, habría también sido capaz de explicar correctamente algunos de los «principios dialécticos» que los marxistas consideran más importantes (pero que, limitados a las herramientas conceptuales hegelianas, éstos han sido incapaces de comprender a cabalidad).

Si hubiese tomado en cuenta el proceso primario, Hegel habría podido explicar, en particular, el fenómeno de «transformación en los contrarios» que caracteriza a lo que ha sido llamado «desarrollo dialéctico». Este fenómeno podría tener su origen en el hecho de que, mientras una relación de proceso primario —la cual, como tal, pone el énfasis en el tipo de relación que se da entre las partes y no en la identidad o las posiciones de éstas en dicha relación— se desarrolla por impulso del *Thánatos*, en el proceso secundario, que sí establece claramente quién es quién en la relación y cuál es la posición que cada uno tiene en ella, las posiciones de las partes pueden irse intercambiando sucesivamente. Así, pues, a medida que la relación de proceso primario se desarrolla, en el proceso secundario la posición que ocupan las partes puede invertirse una y otra vez.

En una relación de opresión, los oprimidos pueden rebelarse, pero, puesto que la relación de opresión no ha cambiado en el proceso primario de los insurgentes, cuando éstos obtengan el poder podrían muy bien tomar el lugar de los opresores, cambiando su posición de proceso secundario dentro de la misma relación de proceso primario. Así, pues, aunque impongan nuevas doctrinas y sistemas, oprimirán a otros en una medida mayor aún que aquella en la que ellos fueron oprimidos, hasta que sean derrocados y oprimidos por

³⁶Los conflictos que experimentan los individuos constituyen su vivencia del conflicto ecológico y son una manifestación de éste.

³⁷Citado por Bettino Craxi, ex primer ministro de Italia, en el discurso que pronunció en la ocasión de su primera toma de posesión. Angel J. Cappelletti nos da una traducción más exacta del fragmento:

«...lo opuesto es concorde y de las cosas discordes surge la más bella armonía.»

La idea de que la más bella armonía surge del conflicto está relacionada con la afirmación heraclítica de que la «cerveza» que no se remueve constantemente se agria.

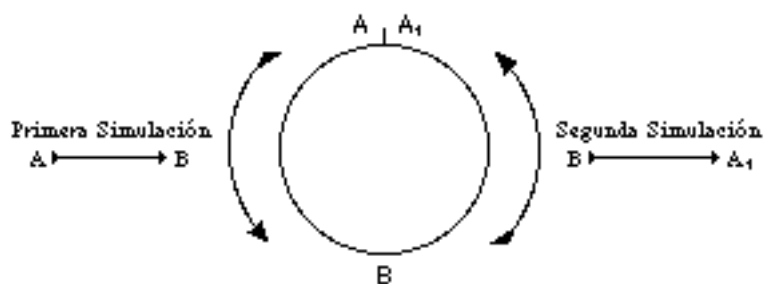
³⁸«El corazón tiene sus razones que la razón no conoce».

aquellos a quienes ellos oprimieron. Por ejemplo, en la Revolución Francesa la burguesía derrocó a la aristocracia que la «oprimía» y tomó el lugar del opresor, oprimiendo al proletariado y a los campesinos en una medida mucho mayor que la de su propia opresión por la aristocracia. En efecto, la relación de proceso primario se va acentuando mientras en el proceso secundario los sujetos cambian de lugar, o mientras nuevas posiciones producen nuevas negaciones y se unifican con ellas para producir nuevas posiciones, cada una de las cuales irá alcanzando su reducción al absurdo hasta que el error mismo —aquello que se ha ido desarrollando durante todo el proceso en el proceso primario— alcance su reducción al absurdo y pueda ser superado.

En particular, fue un grave error de la *Fenomenología* de Hegel el no aceptar que la autoconciencia tendría que ser superada en la vivencia mística que disuelve nuestra ilusoria individualidad y afirmar, en cambio, que la autoconciencia era un logro que debía ser conservado a fin de que el hombre autoconsciente pudiese «reconocerse en la naturaleza». El aferramiento a su propio ego y a su ilusoria individualidad impidió a Hegel descubrir que la autoconciencia es un producto del desarrollo de la ilusión de separatividad y del error que —tomando la frase de Spinoza— caractericé como «lo incompleto y abstracto»: del error que oculta la Totalidad, haciéndonos sentirnos separados del Logos en el sentido heraclíteo del término.³⁹

Si conservamos nuestra autoconciencia y, desde ella, nos «reconocemos en la Naturaleza», seremos víctimas de un mecanismo del tipo que Laing llamó «elusión» y representó en términos de una «espiral de simulaciones». Laing escribe:⁴⁰

«La elusión es una relación en la cual uno simula estar fuera de su «sí-mismo» original; entonces, simula estar de regreso desde esta simulación, con el objeto de que parezca que uno ha regresado al punto de partida. Una doble simulación simula la no-simulación. El único modo de descubrir el propio estado original es deshacer la primera simulación, pero una vez que uno añade a ésta una segunda simulación, hasta donde puedo ver, no hay fin para la serie de posibles simulaciones. Soy. Simulo no ser. Simulo que soy. Simulo que



no estoy simulando estar simulando...

«Las posiciones A y A1 en el perímetro del círculo están separadas por una barrera impermeable que es más delgada y transparente de lo que uno puede imaginar. Comience en A y muévase hacia B. En vez de regresar en la dirección de las agujas del reloj a A, continúe en la dirección contraria hacia el punto A1. A y A1 están «tan cerca y no obstante tan lejos». Están tan cerca que uno dice «¿no es A1 tan bueno como A, si es indistinguible de A?»»

³⁹Ontogénicamente, el error en cuestión es un producto del proceso de socialización y «educación» del individuo. Filogénicamente, dicho error se va desarrollando hacia su extremo lógico y su propia reducción al absurdo en la evolución de la humanidad.

⁴⁰Laing, Ronald D. (1961/1969).

Claro está, si lo que uno valora es el estado que Laing representó con el punto A, uno creerá que ha llegado a A, pues no podría aceptar que lo que ha alcanzado no sea más que su imitación.

Ahora bien, con el punto A podemos representar el estado libre de la ilusión de separatividad y del error que corresponde al «sentimiento oceánico» del infante, a la vivencia de los «hipotéticos» seres de la Edad de Oro o Era de la Verdad, y a la auténtica vivencia mística. Con el punto B, a su vez, podemos representar la autoconciencia, que corresponde a la culminación del proceso de *negación fenomenológica* del estado representado por A. Finalmente, con el punto A₁ podemos representar el «reconocimiento de la autoconciencia en la Naturaleza» que postuló Hegel, el cual resulta de la *negación fenomenológica* de la *negación* representada como punto B en el diagrama y, aunque simula la no-separatividad representada por A, es en verdad una ilusión producida por la autoconciencia y por el auto-engaño que Sartre llamó «mala fe» y que Laing llamó «elusión» y explicó en términos de la «espiral de simulaciones».

Hegel pudo cometer este error porque reconoció tan sólo dos tipos de negación: (1) la negación de la lógica formal, que excluía o disolvía el objeto de la negación y que, en caso de doble negación, restituía lo que la primera negación había negado, y (2) la negación dialéctica, que para Hegel funcionaba por igual en la dinámica que describió en la *Ciencia de la lógica* y en la dinámica que describió en la *Fenomenología del espíritu*, y que era de un carácter radicalmente distinto al de la anterior. En efecto, para Hegel la negación dialéctica era una *Aufhebung* o «superación» que conservaba lo negado, incorporándolo en una nueva posición que representaba mayor verdad, autenticidad y totalidad que el estadio anterior, que era el que había sido objeto de la negación. Hegel escribe:⁴¹

«El superar (*das Aufheben*) expresa su verdadera significación doble, que ya hemos visto en lo negativo: es al mismo tiempo un negar (*Negieren*) y un conservar (*Aufbewahren*).»

Cuando la negación dialéctica postulada por Hegel era negada a su vez, no se restituía lo que la primera negación había negado, haciendo desaparecer la segunda negación, sino que se conservaba tanto lo que la primera negación había negado como el resultado de esta primera negación, incorporando a ambos en lo que resultaba de la segunda negación. Así, pues, las posiciones negadas por ambas negaciones eran incorporados en una unificación (síntesis) que se transformaría de inmediato en una nueva posición (tesis), y que representaría mayor verdad, autenticidad y totalidad que los dos estadios anteriores: el que era objeto de la primera negación, y el que había resultado de ésta y que era objeto de la segunda negación.

No hay mucho que decir aquí de la negación característica de la lógica formal, que es la misma para los lógicos formales, para Hegel y para el autor de este libro. Quizás lo único que valga la pena decir acerca de la negación de la lógica formal es que la aparición de la sabiduría debe revelar que ninguno de los dos extremos de la dualidad que resulta de ella —por ejemplo, a y no-a— puede corresponder exactamente a lo que interpreta, y que ambos extremos se implican mutuamente, dependen el uno del otro para ser lo que son, e integran un todo indivisible. Así, pues, la sabiduría debe captar la *coincidentia oppositorum* de los contrarios producidos por la negación de la lógica formal, liberándonos del dualismo.

De lo que sí hay mucho que decir es del otro tipo de negación considerado por Hegel. Hegel creía que todo era pensamiento y, en consecuencia, pensaba que el cambio y

⁴¹Hegel, G. W. F., *Fenomenología de espíritu*, citada por Ferrater Mora, José (1974; versión en 4 tomos, 1984), vol. 4, p. 3168.

el movimiento que hacían posible el devenir, la evolución y la historia se producían en el reino del pensamiento. Además, Hegel tenía la necesidad ideológica de considerar la evolución diacrónica de la humanidad y sus instituciones como un aumento de verdad y totalidad. En consecuencia, era lógico que sintiera la necesidad de postular un tipo de negación capaz de explicar el cambio y el movimiento en el pensamiento, la cual, conservando en cierto modo lo negado, en vez de hacer aumentar la fragmentación, la falsedad y la inautenticidad, hiciera aumentar la totalidad, la verdad y la autenticidad.

En nuestras sensaciones todo es movimiento y cambio. Ahora bien, la idea de movimiento y cambio sólo surge cuando el pensamiento compara dos percepciones sucesivas —o sea, cuando compara las interpretaciones conceptuales de dos momentos sucesivos de la sensación—. Entonces, *el pensamiento* tiene que negar la condición revelada por su percepción anterior, pues dicha condición ha sido sustituida por una nueva condición. Ahora bien, esa negación no se produce en lo interpretado, que no es conceptual y que no puede contemplar la posibilidad de negación, sino en la interpretación, que —al contrario de lo que creyó Hegel— nunca puede corresponder exactamente a lo que interpreta.

Así, pues, es legítimo aplicar a la determinación (*Bestimmung*) efectuada por el pensamiento el principio de Spinoza *Omnis determinatio est negatio* («la determinación es siempre una negación») y afirmar, como lo hizo Hegel en la *Ciencia de la lógica*, que la determinación es siempre negación de lo indeterminado.⁴² Ahora bien, al hacerlo es necesario aclarar que la determinación, entendida en este sentido, es un proceso *del pensamiento y no de lo que el pensamiento interpreta*. A diferencia de lo que creyó Hegel, el pensamiento jamás puede corresponder exactamente a lo que éste interpreta. Más aún, lo que el pensamiento interpreta *no* es ni una forma, ni un aspecto, ni una proyección del pensamiento mismo, sino algo que pertenece a un orden muy diferente. Si todo esto queda bien claro, a fin de explicar el «movimiento de la realidad» no necesitaremos una negación del tipo de la negación dialéctica de Hegel.

Ahora bien, el mayor error de Hegel consistió en haber aplicado su negación dialéctica a procesos de desarrollo fenomenológico, como el que consideró en la *Fenomenología del espíritu*. En tales procesos, interviene un tipo de negación que llamaré *negación fenomenológica*, la cual *conserva lo negado pero no representa un aumento de la verdad, la plenitud y la autenticidad, sino un incremento del error (o falsedad), de la fragmentación y de la inautenticidad*. La negación fenomenológica conserva lo negado porque, en vez de superarlo, *produce la ilusión* de haberlo superado. Y puesto que dicha negación introduce una nueva ilusión y un nuevo engaño, produce un incremento, no de verdad, plenitud y autenticidad, sino de falsedad, fragmentación e inautenticidad. Esto es precisamente lo que ilustra el diagrama de Laing que hemos considerado, y que la filosofía de la historia que Hegel postuló en la *Fenomenología* no pudo reconocer, adoleciendo en consecuencia de una visión totalmente invertida.

Søren Kierkegaard criticó el concepto hegeliano de una transición que, aunque no gradual, no llega jamás a una ruptura y conserva un elemento del estadio anterior. Así, pues, en contraposición a Hegel, Kierkegaard —más dado a la mística que el primero— insistió en la necesidad de dar un «salto» (*Springet*) de lo ético a lo religioso. Con esto, el

⁴²En lenguaje hegeliano, podría decirse que la determinación es «la negación del Ser Indeterminado que es idéntico con la Nada», siempre y cuando se advierta que fue un error de Hegel el haber llamado «ser» a aquello que no se define por contraste con el no-ser, pues con ello violó la lógica interna del lenguaje.

filósofo danés afirmaba la necesidad de disolver la autoconciencia en la vivencia mística. Sucede que, como advierte Chöguam Trungpa:⁴³

«Si tenemos éxito en mantener nuestra autoconciencia por medio de técnicas espirituales, entonces el desarrollo espiritual auténtico es altamente improbable. Nuestros hábitos mentales se hacen tan fuertes que es difícil penetrarlos. Podríamos ir tan lejos como para alcanzar el estado completamente demoníaco de egoidad total.»

La disolución de la autoconciencia no implica el retorno al estado del niño que es incapaz de arreglárselas solo en el mundo. Todo lo aprendido durante el proceso de socialización del individuo es conservado después de la disolución de la autoconciencia, de modo que lo único que perdemos con dicha disolución es la obstrucción producida por la autoconciencia. Como dice el poemita inglés:⁴⁴

«The centipede was happy, quite,
until the toad for fun
asked «Pray, which leg goes after which?»
which brought his mind to such a pitch
he fell demented in a ditch
forgetting how to run.»

La *Fenomenología del espíritu* de Hegel considera como el estadio más avanzado de la evolución de la humanidad a aquél en el cual la autoconciencia obtiene el reconocimiento conceptual sobrevaluado de que lo que consideraba como «otro» en relación a ella misma no es en verdad «otro». En verdad, como todo conocimiento conceptual sobrevaluado, este reconocimiento es error, y es aún más erróneo que nuestro conocimiento normal, pues nos da la impresión de que hemos superado el error y alcanzado la verdad.

Para concluir, cabe mencionar que, aunque el desarrollo de la evolución y de la historia es un proceso de degeneración progresiva, durante ese proceso se van produciendo también las llamadas «grandes creaciones del espíritu humano». Estas se producen quizás en mayor medida en períodos específicos atravesados por culturas específicas, tales como los que correspondieron, por ejemplo, a las democracias griegas, a las ciudades libres del medioevo europeo o a las sociedades que vivieron según los moldes tántricos en India, Tibet y otras naciones asiáticas.

3.- Las dos etapas del proceso de transformación individual y colectivo

Como hemos visto, el proceso de reducción al absurdo es originalmente un proceso de acrecentamiento díscolo del error, que nos dirige —individual o colectivamente— hacia un nivel umbral en el cual el error puede romperse y la auténtica vivencia mística puede tener lugar.

Ahora bien, la primera desaparición del error en la vivencia mística no es definitiva. Tarde o temprano, el error se restablece y el proceso que nos empuja a superarlo continúa

⁴³Trungpa, Chöguam (1972).

⁴⁴

«Muy feliz era el ciempiés,
hasta que el sapo una vez
le dijo: «¿qué orden al andar siguen tus remos?»
lo cual forzó su mente a tal extremo
que, enloquecido, a una zanja fue a caer
mientras pensaba cómo hacer para correr.»

desenvolviéndose, aunque de una nueva manera. Por una parte, en esta nueva etapa sabemos que el proceso en cuestión no nos dirige hacia un infierno o abismo (*Abgrund*) sin final, sino hacia la superación del infierno en la develación de la base (*Grund*) común de nosotros mismos y de todos los entes, que somos insustanciales (*ungrunded*).⁴⁵ Por la otra, a medida que nuestra conciencia autoconsciente se disuelve en la develación de la Totalidad —o sea, del Logos— y vuelve a reconstituirse una y otra vez, va adquiriendo sabiduría sistémica y el error que le es inherente se va mitigando, hasta que, finalmente, las propensiones para su manifestación son totalmente neutralizadas y en consecuencia lo relativo y lo absoluto pueden manifestarse coincidentemente.

En el plano de la evolución del individuo, esto puede ser entendido en términos del simbolismo de la *Divina Comedia*. En la primera etapa del proceso nos dirigimos, sin estar totalmente claros a nivel consciente acerca de lo que estamos haciendo, hacia las puertas del Infierno y, abandonando «el mundo de los vivos» —que es el del ego normal— cual Dantes descendemos hacia lo más profundo del abismo (*Abgrund*), sin entrever una salida. Cuando el error se disuelve por vez primera y tenemos una primera vislumbre de la sabiduría no-conceptual que he denominado *sophía*, podríamos decir que, atravesando el pequeño agujero que se encuentra en el fondo del Infierno, hemos pasado al Purgatorio, pues ya sabemos *vivencialmente* que el proceso que atravesamos nos conduce al Cielo. Y, «expiando nuestro pecado» —o sea, «purgando nuestro error»—⁴⁶ a medida que vamos atravesando el purgatorio, nos preparamos para poder acceder definitivamente al Cielo.⁴⁷

Al considerar el proceso de liberación⁴⁸ individual, Herbert V. Guenther llamó a la primera etapa del proceso «movimiento discreódico» (*dischreodic movement*), designó a la transición de la primera etapa a la segunda como «interrupción discreódica» (*dischreodic interruption*), y dio a la segunda etapa el nombre «movimiento eucréodico» (*euchreodic movement*).⁴⁹ Esta terminología es incorrecta, pues la palabra *creod* (*chreod*) fue utilizada por Waddington para designar un proceso que —en términos de la teoría de sistemas aplicada por Anthony Wilden—⁵⁰ puede ser considerado como homeorhesis o «simple

⁴⁵El juego de palabras utiliza términos heideggerianos pero los entiende de manera no heideggeriana.

⁴⁶En griego, «purgar» es *katháron* (de la misma raíz que el sustantivo *katharmós*, que designaba la primera iniciación en los misterios de Eleusis), mientras que en los Evangelios griegos «pecado» es *hamartía*, que quiere decir «error». Agradezco a Leonardo Rujano sus señalamientos sobre la terminología griega de los Evangelios.

Ahora bien, lo que psicólogos humanistas y falsos maestros espirituales llaman *katharsis* no es lo mismo que aquí he llamado *katharsis*, sino algo que es mucho más superficial y que no es liberador (pudiendo proporcionar, en el mejor de los casos, una relajación temporal).

⁴⁷No en el sentido budista de *deva loka* o de *sura gati*, que es uno de los reinos de la existencia condicionada, sino en el de superación de la existencia en cuestión y de la *ek-sistencia* en general. Si pudiésemos hablar de «cielo», sería más bien en el sentido de la palabra tibetana *nam-'mkha*, que se traduce como «espacio» y como «cielo» y se utiliza para indicar el carácter no-obstruido de la Cognoscitividad en la Iluminación.

⁴⁸Es significativo que el griego *soterios*, traducido en los Evangelios como «salvador», signifique también «liberador»; que *soterion* signifique «medio de salvación» y «medio de liberación», y que *soterios* signifique «salvado» y «libertado» o «liberado». Agradezco a Leonardo Rujano sus señalamientos sobre la terminología griega de los Evangelios.

⁴⁹Guenther, Herbert V. (1984).

⁵⁰Wilden, Anthony (1972, 1980).

desarrollo», que es un tipo de morfostasis:⁵¹ un proceso que no comprende ni un cambio de normas ni un cambio de código. Una transformación radical que comprenda la elaboración de nuevas estructuras por medio de actividades sistémicas, que implique un cambio de normas y un cambio esencial de código, y en la cual lo esencial no sea el programa sino el cambio de programas (y, probablemente, de metaprogramas), sería morfogénesis. Ahora bien, el cambio que nos interesa va más allá no sólo de la morfostasis, sino incluso de la morfogénesis, pues representa una liberación con respecto al condicionamiento por programas y metaprogramas.

Así, pues, aunque *en sus comienzos* la primera etapa del proceso que nos interesa pueda ser designada como «movimiento discreódico», cuando esa etapa se acerque a su fin será necesario llamarla «morfodisgénesis» o «morfogénesis díscola». A su vez, la transición a la segunda etapa del proceso va más allá, no sólo del creod, sino de la morfogénesis, pues implica una liberación con respecto a todo programa y metaprograma; para designar lo que ella representa, he acuñado el término «metamorfia». Por último, la segunda etapa del proceso también va más allá del creod y de la morfogénesis y debe ser considerada como «metamorfia», de modo que ni siquiera puede ser llamada «morfoeugénesis» o «morfogénesis saludable».

4.- La contradicción como motor de la transformación

McTaggart denunció el hecho de que, por un lado, Hegel haya insistido en que la realidad y las ideas que la interpretan —y que, según él, son inseparables de ella— son autocontradictorias y, por el otro, haya afirmado que el error se revela por las contradicciones que genera. Si todo es contradictorio y quienes están libres de error han de describir la realidad en términos de contradicciones, ¿cómo podrían las contradicciones revelar el error?

Aunque en una de las secciones anteriores critiqué duramente a Hegel (y más adelante haré varias críticas al marxismo), en esa sección también me suscribí a la tesis hegeliana según la cual el error se revela por las contradicciones que genera, así como a la tesis marxista según la cual las contradicciones han de revelarse como tales para que puedan transformarse en conflicto y éste a su vez pueda impulsarnos a superarlas.

Si no aclaro el sentido exacto que doy a estas tesis, se me podría acusar de un error similar al de Hegel, no porque yo también confunda el mapa con el territorio y piense que la realidad es autocontradictoria, sino porque he insistido en que ningún mapa describe cabalmente ni agota el territorio, y en que distintos mapas que sean mutuamente contradictorios pueden ser igualmente válidos para describir una realidad dada. Si los mapas han de contradecirse para aproximarse en la mayor medida posible a lo que describen, la contradicción en la descripción no podrá revelar el error que —utilizando la frase de Spinoza— he explicado como «lo incompleto y abstracto». Y si el territorio tampoco es autocontradictorio, ¿cuál puede ser entonces el tipo de contradicción que el error revela como tal?

Lenin anotó que «dondequiera que haya una diferencia hay una contradicción». Esto no podría significar que, en tanto que existan montañas y planicies, humedad y sequía, varones y hembras, etc., habrá contradicciones que superar. Para alguien que se adhiera a la

⁵¹Un tipo de morfostasis que, desde el punto de vista de la organización, es diferente de otros tipos de morfostasis, tales como la homeostasis y la homeogénesis.

cosmovisión que he presentado en este libro, la frase de Lenin sólo podría tener sentido si por «diferencia» entendiésemos «experiencia de las diferencias como algo intrínseca y absolutamente verdadero». Esto nos llevaría a reformular la frase de Lenin del siguiente modo: «dondequiera que la diferenciación —o, lo que es lo mismo, la ideación— sea *sobrevaluada*, habrá una contradicción».

Para que la idea anterior quede suficientemente clara, será necesario definir el concepto de «sobrevaluación». Este término indica el proceso mediante el cual una función vibratoria que parece emanar de —o estar concentrada en— el centro del pecho a la altura del corazón, *carga* las ideas de *valor*, de manera tal que, o bien las confundimos con el territorio que describen y las tomamos por entes-en-sí (como sucede, por ejemplo, en la percepción), o bien las tomamos por la verdad absoluta —o por algo absolutamente falso— acerca de lo que interpretan.⁵² Es cuando la sobrevaluación se hace más pronunciada, de modo que la sensación en el centro del pecho asociada a la función vibratoria en la raíz de la sobrevaluación se hace más perceptible, que decimos que estamos siendo afectados por una *pasión*.

Así, pues, la contradicción es inherente al error cuyo núcleo he designado como «sobrevaluación conceptual» y, en consecuencia, sólo habrá contradicción en tanto que sintamos que los mapas conceptuales son lo dado, o que algunos de ellos tienen que corresponder exactamente a segmentos de lo dado y ser absolutamente ciertos con respecto a esos segmentos, mientras que sus contrarios tienen que ser absolutamente falsos. El hecho de que el mapa conceptual sea autocontradictorio sólo constituye un problema cuando lo sobrevaluamos, pues es sólo entonces que experimentamos una verdadera contradicción, que funciona como tal y produce efectos.

¿Quiere decir esto que, puesto que la contradicción no radica en las injusticias económicas y las diferencias de poder que se dan en la sociedad humana, sino en su sobrevaluación, lo que hemos de superar para resolver el «problema de la vida» es nuestro error «subjetivo» y no las situaciones «objetivas» de injusticia, opresión, etc.? Por supuesto que no. Nuestra supervivencia y la construcción de una nueva Edad de Oro o Era de la Verdad caracterizada por la armonía y la plenitud dependen de la superación, tanto de las divisiones «objetivas» que han surgido entre los seres humanos, como de la lucha «objetiva» que éstos han emprendido contra su medio ambiente natural. Aún más, puesto que en nuestros días todos los seres humanos sobrevalúan, todos ellos experimentan esas divisiones «objetivas» como contradicciones y por ende tienen que enfrentar el dolor y el conflicto que de ellas emana. Por lo tanto, nuestra responsabilidad hacia los otros seres humanos implica que debemos trabajar por resolver las divisiones en cuestión.

La «verdadera» contradicción que impulsa la evolución de la humanidad radica en la sobrevaluación. En consecuencia, el impulso hacia el cambio que emana del descubrimiento de la contradicción tiene por objeto, más que ninguna otra cosa, inducirnos a superar la sobrevaluación. No obstante, en tanto que percibamos las situaciones «objetivas» como contradicciones y nosotros y/u otros individuos suframos por ellas, nuestra responsabilidad de cambiar esas situaciones no es en ningún grado menor que la de superar la sobrevaluación.

Por supuesto, como ya hemos visto, no será fácil cambiar las situaciones «objetivas» que quienes estamos poseídos por el error fundamental experimentamos como

⁵²Para una consideración más detallada del concepto de «sobrevaluación», remito al lector a mi ensayo *Teoría del valor: crónica de una caída*.

contradicciones en tanto que estemos totalmente poseídos por dicho error, pues la «ley del efecto invertido» inherente a éste nos hará reafirmar, conservar y agravar las diferencias que afectan negativamente a los seres humanos precisamente a través de nuestros intentos de superarlas.⁵³ Sólo la total o parcial superación del error podrá permitirnos transformar efectivamente la sociedad, la tecnología, la cultura y así sucesivamente, depurándolas de las diferencias que han de ser superadas. En consecuencia, debemos trabajar simultáneamente en los dos niveles de la transformación: el social y el individual. Como anota el pensador libertario M. Bookchin:

«La tarea de los revolucionarios no es «hacer» la revolución. Esta sólo es posible si el pueblo todo participa en un proceso de experimentación e innovación orientado a la transformación radical tanto de la vida cotidiana como de la conciencia. La tarea de todo revolucionario será, entonces, provocar y promover ese proceso.»

Cuando la transformación de la sociedad, de la cultura, de la tecnología, etc., se encuentre suficientemente avanzada, el sentido vital de la existencia de sus miembros radicará en el proceso de resolución progresiva de la contradicción básica constituida por el error cuyo núcleo es la sobrevaluación.

Por otra parte, en tanto que sobrevaluemos las diferencias, tomaremos la contraposición entre nosotros y los otros seres humanos y entre nosotros y el resto de la naturaleza como algo dado, intrínseco y absolutamente verdadero, y sentiremos que nuestra existencia individual, nuestra persona y nuestra autoimagen son nuestra verdadera identidad y que constituyen algo absolutamente importante. En consecuencia, estaremos poseídos por el egoísmo que se encuentra en la raíz de la injusticia. Además, a fin de evitar el dolor y el conflicto que emanan de esta última, en nuestra mayoría nos veremos forzados a ignorarla y manejar nuestras vidas como si ella no existiese.

En cambio, en la medida en que nos vayamos liberando de la sobrevaluación, el dolor de otros se irá haciendo nuestro —aunque en esa misma medida iremos superando el rechazo y por ende el «dolor» irá dejando de ser doloroso para nosotros—. Como ya hemos visto, tal como un animal se aparta de lo que le produce dolor, quien está libre de sobrevaluación emprende espontáneamente las acciones necesarias para la superación de las diferencias que perjudican a otros.

Así, pues, no basta con adquirir una comprensión meramente intelectual del hecho de que la contradicción existe sólo para quien sobrevalúa. Es necesario emprender simultáneamente el proceso que nos permite liberarnos individualmente de la sobrevaluación y el proceso de liberar a la sociedad de sus contraposiciones de poder político, económico y social. En la medida en la que nos liberemos de la contradicción, accederemos a la sabiduría, la cual, como señala el budismo mahayana, es inseparable de la compasión.

Si el individuo que se ha liberado del error enfrenta lo que otros experimentan como una contradicción y que produce en ellos respuestas emocionales, no lo sobrevalorará y por ende no lo percibirá como una contradicción. El método que los japoneses llaman *koan* (en chino, *kung-an*), utilizado en el budismo zen (en chino, *ch'an*), consiste en confrontar al alumno con lo que éste percibe como una contradicción irresoluble y urgirlo a resolverla. En tanto que esté en el error, el alumno se esforzará día y noche por resolver el *koan*.

⁵³Para una discusión detallada de la «ley del efecto invertido», ver Capriles, Elías (1990a) y Watts, Alan W. (1959). Los intentos de hombres poseídos por el error por poner fin a la opresión y a la explotación engendran nuevas y más extremas formas de opresión y explotación. Este es un ejemplo de la ley en cuestión.

Ahora bien, tarde o temprano, su intento de entender en términos de ideas sobrevaluadas se desplomará y el alumno ya no percibirá una contradicción en lo que intentaba resolver. Entonces, aunque sea por corto tiempo, éste se encontrará en un estado de libertad ilimitada, más allá del yugo de la conceptualización sobrevaluada y, por ende, de todo límite. Del mismo modo, lo que Gregory Bateson⁵⁴ llamó «doble constreñimiento patógeno» (*pathogenic double bind*) producirá un efecto terrible en el niño que tenga las propensiones para ello, pero no producirá el mismo efecto en un adulto normal y no producirá absolutamente ningún efecto en quien se haya liberado del error y la sobrevaluación.

Quienes se hayan liberado del error sólo generarán situaciones que los individuos poseídos por el error experimentarán como contradicciones cuando ello sea necesario para transformar la sociedad y depurarla de las contraposiciones que es imperativo superar, o para transformar la mente y la experiencia de los individuos, permitiéndoles superar el error.

Para concluir, me parece oportuno señalar que si el mapa conceptual no puede corresponder al territorio de lo *dado* y la *adaequatio intellectus et rei* es, en consecuencia, un criterio erróneo de verdad, la crítica que hizo Ajdukiewicz a la *Dialéctica de la naturaleza* de Engels⁵⁵ implicará precisamente lo que acabo de plantear.

5.- Sobre Hegel y la contradicción

Aristóteles ataca a Heráclito alegando que éste niega el principio de no-contradicción al afirmar que los opuestos son «lo mismo». Kirk defiende al efesio diciendo que éste no pretendió significar con su expresión «lo mismo», tanto que eran «idénticos», cuanto que no estaban «esencialmente separados» o «que pertenecían a un único complejo». Pero más importante aún es el hecho —señalado por A. Testa y Angel J. Cappelletti—⁵⁶ de que Heráclito no postula una «identidad de los contrarios» en el sentido hegeliano del término. Para Hegel el mapa ha de corresponder al territorio, del cual es inseparable y prácticamente indistinguible; no obstante, dadas las características del mapa y del territorio, el mapa ha de violar el principio de no-contradicción, pues «las cosas son en sí mismas contradictorias».⁵⁷ En cambio, para Heráclito el mapa parecería ser sólo un

⁵⁴Ver Bateson, Haley, Weakland y Jackson (1956), «Toward a Theory of Schizophrenia», al igual que «The Group Dynamics of Schizophrenia» (mismos autores, más William F. Fry), «Minimal Requirements for a Theory of Schizophrenia» y «Double Bind, 1969» (sólo Gregory Bateson). Todos estos ensayos aparecen en Bateson, Gregory (recopilación 1972). En otro de mis trabajos (Capriles, Elías, 1986), me he ocupado del concepto de «doble constreñimiento», distinguiendo entre doble constreñimiento «patógeno», doble constreñimiento «terapéutico» y doble constreñimiento «normalizador». Este último tipo no fue considerado como doble constreñimiento por Bateson *et al.* En un trabajo venidero me ocuparé del mismo en mayor detalle.

⁵⁵Esta crítica tuvo tal repercusión que fue aceptada implícitamente en el texto soviético *The Fundamentals of Marxism-Leninism: Manual*.

⁵⁶Testa, A. (1938), cap. 5. Citado por Angel J. Cappelletti (1969).

⁵⁷Hegel, G. W. F. (español Hachette 1956, Solar 1976). Cabe recordar que Oakeshott afirmó las contradicciones se encuentran sólo en las categorías inferiores pero no así en el Concepto Absoluto. Como vimos, a su vez, McTaggart anotó que la negación del principio de no-contradicción anularía toda la dialéctica hegeliana, pues la razón para superar un estadio dialéctico de evolución es nuestra percepción del mismo como contradictorio, de modo que si todo es contradictorio el criterio mismo de «revelación del error por las contradicciones que produce» quedaría eliminado. El intento que hizo Mure de justificar a Hegel frente a la

mapa, y si los mapas del efesio parecen violar el principio de no-contradicción, ello es así porque, según el punto de vista que adopte el sujeto, al mismo territorio se pueden aplicar mapas contrarios, ninguno de los cuales describe a cabalidad ni agota el territorio que representa. Así, pues, con sus aparentes paradojas, el efesio probablemente quiso liberarnos de la confusión de los mapas conceptuales que aplicamos al territorio de lo *dado* con este último, y hacernos entender que mapas opuestos podían ser válidamente aplicados a la misma realidad cuando ésta era considerada desde puntos de vista, perspectivas o tipos lógicos diferentes.

Las aparentes paradojas del efesio no constituirían violaciones del principio de no-contradicción si, como explicaron Russell y Whitehead,⁵⁸ las contradicciones entre términos sólo fuesen «reales» cuando ambos términos pertenecieran a un mismo tipo lógico. Ahora bien, ni siquiera haría falta defender al efesio de la violación que le imputa Aristóteles si aceptásemos la tesis de Gregory Bateson, según la cual, a fin de distinguir tipos lógicos, la teoría producida por Russell y Whitehead tiene que violar sus propias reglas⁵⁹ y, por ende, no salva el principio de no-contradicción.

La filosofía de Hegel, en cambio, yerra ya al *definir sus conceptos* violando el principio de no-contradicción y sin atenerse a los *fenómenos* que ellos indican. Hegel utiliza la palabra «ser» como sinónimo de «no-ser», sin querer ver que —expresado en términos sartreanos— el no-ser es la presencia de la ausencia del ser, que debe ser distinguida de la mera presencia del ser y, en consecuencia, debe ser indicada de manera diferente. Si utilizamos la palabra ser como sinónimo del término no-ser, estaremos echando un manto de oscuridad sobre las vacas —o, en español, sobre los gatos— del mundo para que todos parezcan igualmente oscuros. Ser y no-ser son fenómenos diferentes (o formas diferentes de hacerse presente el mismo fenómeno) que se definen por mutuo contraste y, si utilizamos un mismo término para designar a ambos, estaremos atentando contra la función misma del lenguaje, que es distinguir claramente lo diferente.

Hegel también usa mal el lenguaje cuando pretende que su filosofía describe la «evolución del absoluto», pues, por definición, el absoluto ni es descriptible ni cambia en el tiempo (y, por ende, no puede ser evolutivo). La descripción y el entendimiento funcionan en base a palabras y a ideas que se definen por contraste con sus contrarios y por afinidad con sus semejantes, siendo relativas a ellos. Así, pues, al entender el absoluto en términos de ideas, lo que estamos entendiendo es algo relativo y no ya el absoluto. Lo mismo sucede con el devenir: cada momento es relativo a los que lo preceden y a los que lo suceden, de modo que, al describir el absoluto en términos de una «evolución», lo que estamos describiendo es ya algo relativo y no el absoluto. Es por esto que, en la introducción a *El ser y la nada*, Sartre se refiere a «esta famosa objeción según la cual un absoluto conocido

crítica de McTaggart fue infructuoso. No obstante, algunos piensan que en la *Enciclopedia* Hegel superó el error que se le critica.

Ya he mostrado cómo, siguiendo a Hegel, puedo considerar a la contradicción como motor de la transformación, aunque insisto en que ella existe sólo en el mapa conceptual y no en lo que éste interpreta.

⁵⁸Russell, Bertrand, y Alfred North Whitehead (1910).

⁵⁹Ver Bateson, Gregory (recopilación 1972). Bateson nos recuerda que la teoría de tipos nos prohíbe, al resolver un determinado problema, considerar entes o clases que pertenezcan a un tipo lógico distinto del que nos concierne (de modo que los mismos no pueden ser considerados ni como x ni como no-x). Ahora bien, para saber que no podemos ni incluirlos en nuestra consideración ni excluirlos de ella, tenemos ya que haberlos excluido, violando los principios de la teoría. Por otra parte, el no poder considerar entes o clases como x ni como no-x viola ya el principio del tercero excluido o de no-contradicción..

no es ya un absoluto, puesto que se vuelve relativo al conocimiento que tenemos de él»: el conocimiento —al igual que el sujeto y el objeto que lo constituyen— es siempre relativo.

6.- Ser, existencia y devenir

Como anoté en *Teoría del valor: crónica de una caída*, el fenómeno que llamamos «ser» es el resultado de la sobrevaluación del más general de los conceptos. A su vez, como señala Heidegger, existencia es *ek-sistencia*: un «estar fuera de sí» que haré corresponder al ser-para-sí de Sartre, el cual según el filósofo francés «está siempre a una distancia de sí». ⁶⁰ Hemos de agregar que la existencia o ser-para-sí es salir del *ahora* para estar en el *presente* —definiendo el *presente* como un «estar frente al *ahora* en vez de (ser) el *ahora*».

Así, pues, el ser, la existencia, el devenir y la temporalidad son el producto de una actividad vibratoria del organismo humano, la cual parece emanar de, o estar concentrada en, el centro del pecho a la altura del corazón. En efecto, el ser y la existencia «surgen» junto con el devenir y la temporalidad y, en cierto sentido, podemos considerarlos como motores de éstos.

Ahora bien, la actividad vibratoria que nos concierne se va acelerando paulatinamente desde el «momento de su aparición» ⁶¹. Esta aceleración hace que el tiempo se vaya acelerando, al comienzo de manera muy lenta e imperceptible, y luego, hacia el final del «evo» o «eón» ⁶² —como anotan ciertas filosofías orientales— ⁶³ en forma más rápida y perceptible. Al final del evo o eón, la actividad vibratoria que produce la temporalidad se acelera a tal grado ⁶⁴ que, al concluir el evo, el tiempo se desmorona. ⁶⁵ Habiéndose completado la reducción al absurdo del error, el ser y la existencia, el tiempo y el devenir pueden ser superados y, como afirman los orientales, una nueva Edad de Oro o Era de la Verdad puede iniciarse.

⁶⁰Para poder aceptar esta definición de Sartre debemos redefinir el término «sí» o «sí mismo» (*soi*). Ver mi ensayo *Teoría del valor: Crónica de una caída*.

⁶¹El cual constituiría la aparición de los momentos. No hay un «antes» de ese momento, pues «antes» existe sólo en el tiempo, de modo que a aquello el lenguaje nos obliga a describir como «anterior al tiempo» no le sería aplicable el concepto de «antes». Así pues, Aristóteles tendría razón en afirmar que es imposible concebir algo anterior al tiempo, pero no —como él piensa— porque el tiempo como sucesión lineal de momentos se extiende hasta el infinito: no podemos concebir algo anterior al tiempo porque ese «algo» no puede ser pensado, designado ni descrito. Esto es precisamente lo que afirman el zurvanismo persa y la tradición tibetana, derivada del Tantra Kalachakra, que Tarthang Tulku expuso en el libro mencionado en la bibliografía: el primero afirma que el tiempo como sucesión lineal de momentos, en el cual se enfrentan los contrarios, surge de, y se extingue en, el «Tiempo Infinito» o Zurván, en el cual no hay contrarios; la segunda afirma que el tiempo como sucesión de momentos surge de, y se extingue en, el «Gran Espacio-Tiempo-Conocimiento» en el cual no hay momentos, divisiones, linealidad ni opuestos.

⁶²Sánscrito: *kalpa*.

⁶³Ver el libro de Padmasambhava y otros mencionado en la bibliografía.

⁶⁴Esta aceleración es impulsada por el desarrollo y la influencia de las instituciones de derecha que serán consideradas más adelante, la aceleración de las velocidades de desplazamiento espacial de los seres humanos y el modo de vida moderno. Un factor de gran importancia en la aceleración en cuestión es la propaganda comercial.

⁶⁵El problema que plantea el concepto de «final del tiempo» es el mismo que plantea el concepto de su comienzo.

Quienes se preguntan por el ser del tiempo consideran a este último como un ente y suponen que los entes tienen en sí mismos ser. En ambas cosas están equivocados: cuando hay ser y existencia, hay devenir y tiempo, que se aceleran hasta que la vibratoriedad en la raíz del ser y de la existencia, así como del tiempo y del devenir, alcanza una frecuencia tan alta que se vuelve insostenible y se interrumpe, interrumpiendo el ser, la existencia, el tiempo y el devenir. Así, pues, tiene lugar la vivencia mística que se encuentra libre del más general de los errores: el error que llamamos «ser».

Lo que expuse en la sección anterior con respecto a la contradicción podría también ser explicado en términos del concepto de «ser» tal como lo acabo de definir. En estos términos, diríamos que las contradicciones sólo son tales cuando *les damos ser* o cuando *las sostenemos con ser*, que es lo que constituye el error. Cuando el ser desaparece en la auténtica vivencia mística, la contradicción ya no existe para nosotros, aun si enfrentamos paradojas, koanes y órdenes contradictorias del tipo que Bateson llamó «dobles constreñimientos».

BIBLIOGRAFIA